

Biografía de Cleusa Carolina Rody Coelho, MAR

1. ¿Quién fue Cleusa?

Cleusa Carolina Rody Coelho fue la tercera entre los ocho hijos de **Jair Moreira Coelho** e **Francisca Rody Coelho**. Nació el 12 de noviembre de 1933 en **Cachoeiro de Itapemerim**, Estado de Espírito Santo, sudeste de Brasil. Contaba su madre que entre las hijas era la única que asumía sus compromisos en las tareas de la casa, siempre bien dispuesta y alegre.

Comenzó muy pronto a relacionarse con los **Agustinos Recoletos**, que administraban la Parroquia de San Pedro y a madurar la posibilidad de hacerse religiosa.

En la escuela y la Universidad fue una excelente alumna, de notas extraordinarias. Al final de sus estudios de Magisterio recibió del gobierno estatal una plaza como profesora sin exigirle oposiciones. En ese momento **Cleusa** decidió ingresar en la vida religiosa.

Sintió la oposición de su padre, que quería que continuase estudiando. Sus hermanos tiraban piedras contra los religiosos y sacerdotes cuando iban a hablar a su casa sobre ese asunto. Incluso su padre, después de que **Cleusa** entró en la vida religiosa, envió al sobrino **José Roberto** a **Niteroi** (Rio de Janeiro) para traer a **Cleusa** de vuelta a casa. Cuando **José Roberto** vio la alegría y la felicidad en que vivía **Cleusa**, abandonó la idea.

Sor **Cleusa** hizo su primera profesión el **3 de octubre de 1953**. Trabajó como catequista y enfermera. Al año siguiente fue destinada a **Lábrea**, con el primer grupo de **Misioneras Agustinas Recoletas** que se encargarían del **Colegio Santa Rita**, del que sería profesora y más tarde directora.

En **Colatina** (Espírito Santo), adonde fue enviada más tarde porque la Congregación quería abrir un colegio, trabajó de profesora y catequista. El **3 de octubre de 1958** hizo la profesión perpetua. Abrazó la vida religiosa con todas las consecuencias, viviendo los tres votos hasta en los mínimos detalles.

En **Vitoria**, la capital de Espírito Santo, la Congregación fundó el **Colegio Agustiniano** y envió allí a **Cleusa**. Se matriculó en la **Universidad Federal**, obteniendo la licenciatura en **Letras Anglo-Germánicas**. En 1964, fue homenajeada como la mejor alumna de la carrera. Coordinaba la **Juventud Universitaria Católica**. Dominaba el inglés, francés, italiano, español y alemán. Eso le facilitaba trabajar con inmigrantes.

Fue destinada nuevamente a **Lábrea** en **1966**, como superiora y directora del **Colegio Santa Rita**. Siempre quiso dar clases y no quedarse en la mera gestión para así tener más contacto con los alumnos. Participaba en la catequesis parroquial, visitaba a los presos, a los enfermos en sus casas y en el barrio de los leprosos, entonces considerados malditos por la sociedad y completamente abandonados por todos.

Cuatro años más tarde fue nombrada directora del **Colegio Agustiniiano** de **Vitoria**. Los fines de semana trabajaba en el área pastoral de **Itacibá**, organizando las comunidades de base, la catequesis y formando a los líderes laicos que animarían las comunidades.

Cleusa era de espíritu abierto, se reunía semanalmente en la capilla ecuménica cerca de la casa de las religiosas; visitaba y compartía oración y refección con los monjes de **Taizé**, que había creado una residencia en **Vitoria**. Visitaba frecuentemente el **Instituto Braille** para deficientes visuales, fue miembro de la primera coordinación de la **Conferencia de Religiosos de Brasil** (CRB), en **Vitoria**. Se preocupaba mucho, también, con su familia.

En **1973**, con otras tres religiosas, recibió la misión de fundar una casa en **Manaos**, en el estado de **Amazonas**. Para mantener la casa, **Cleusa** consiguió trabajo en una escuela pública. También se desvió por los “niños de la calle”. Los buscaba y, a veces, los llevaba a casa para librarlos de la Policía y de los grupos de exterminio, que se cebaban con violencia injusta contra ellos.

De este modo pasó a ser mal vista por las autoridades y a ser acusada de proteger a los marginales. La casa de la comunidad era muy visitada por los menores: oían música, se lavaban, les lavaba la ropa, les enseñaba a leer y escribir, dactilografía. Acompañó e incentivó la recuperación de dependientes químicos, visitaba a los presos de la cárcel. Su forma de ser le trajo problemas en su propia comunidad. En **Manaos** cumplió los 25 años de vida religiosa. También en la Amazonia fue parte de la coordinación de la Conferencia de Religiosos de Brasil.

Nuevamente, en 1979, fue destinada a **Lábrea** como directora del **Colegio Santa Rita**. Reasume los trabajos con los más pobres, menores, enfermos, presos, leprosos. La Asamblea de la **Prelatura de Lábrea** en 1982 decidió asumir como trabajo urgente la **cuestión indígena**.

Eran tiempos en que se encarnizaban las luchas contra los indios, invasiones de sus tierras, muertes por violencia o por enfermedades transmitidas por los no indígenas. Llegaban terratenientes del sur de Brasil que robaban las tierras indígenas con la colaboración de las autoridades locales.

Cleusa pidió dejar el Colegio y dedicarse a la causa indígena y se puso a disposición de la **Pastoral Indigenista** de la Prelatura.

Los conflictos entre indios y blancos aumentaron. Un hijo del cacique apuriná **Agustín** fue asesinado por un soldado. Los apurinás se vengaron matando a un hijo del soldado, para que *sintiese el dolor de un padre*. La tensión aumentó a niveles considerables, de un lado la policía, de otro los indios. **Cleusa** fue a la aldea apuriná, dialogó y consiguió que depusieran las armas y dejasen de lado las ideas de venganza.

La Justicia ya había dado muestras de parcialidad. Los policías, sin ningún tipo de prudencia, abiertamente, decían sentir asco de Cleusa por sacar a los indios de la cárcel y amenazaban con un día meterle plomo en el cuerpo.

En ese tiempo comenzaron los ensayos en Lábrea de la táctica de atizar indio contra indio, ya en práctica en otros lugares de Brasil, para facilitar las ambiciones y la explotación económica de las tierras indígenas.

Cada día Cleusa era peor vista por las autoridades políticas, los terratenientes, los dueños de las caucherías: todos ellos coincidían en unas pocas familias emparentadas entre sí y ricas, acostumbradas a oprimir y a que nada se interpusiera en sus ganancias.

El cacique apuriná **Agustín**, para evitar enfrentamientos, decidió salir de la reserva **Caitetú**, proxima a Lábrea, y desplazarse hasta la aldea **Japiim**, en el rio **Passiá**, a más de treinta kilómetros de **Lábrea**.

Será el escenario de los trágicos acontecimientos que siguen.

2. El martirio

El drama del cacique Agustín

El cacique **Agustín Mulato dos Santos** se encontraba en la selva, recolectando castaña. Había dejado su hogar familiar para esta actividad extractivista.

Raimundo Podivem e **Edivar**, indios, acompañados de **Damáσιο**, no indígena, fueron a **Japiim** y se internaron en la selva. La entrada de los tres era la ruptura formal de un acuerdo hecho por mediación de **José Victor Santana**, de la **Fundación Nacional del Indio** (FUNAI). Según dicho acuerdo, nadie debía entrar en las tierras del **Passiá** sin autorización expresa de la Funai, mucho menos un no indígena.

Cuando el cacique **Agustín** supo del hecho, envió a **Lábrea** su hijo **Francisco** con otro miembro de la aldea, con el fin de informar al jefe de la Funai, **Isaac**, y conocer si realmente esa entrada estaba autorizada. El jefe de la **Funai** envía de vuelta a **Francisco** con una carta dirigida a su padre **Agustín**:

*“He enviado una carta para **Edivar**, **Raimundo** y **Damasio**, informándoles de que están equivocados y van a tener que devolver la cosecha de castaña. Le pido confisque las castañas y los expulse”.*

Los tres invasores, al regreso a **Lábrea**, pararon en **Japiim**. **Agustín** les mostró la carta, confiscó la cosecha de castaña del no indígena, permitió que llevaran su cosecha los dos indios y le dijo a **Raimundo Podivem** que solo él tendría permiso para volver otras veces, pero sin compañía de otros.

Un mes después, **Raimundo Podivem** consiguió un permiso de la Funai en los mismos términos:

*“**Raimundo Podivem** está autorizado por mí, responsable de la Funai, para recoger la cosecha de castaña que el mismo dejó lista, siempre que no vaya acompañado de otros, tal como él mismo se compromete a hacer”.*

Este permiso, firmado el 19 de abril de 1985, no llegó a manos de **Agustín**. El día 23, **Raimundo Podivem** pasó la noche en el kilómetro 30 de la carretera **Lábrea-Humitá**, en la orilla del río **Passiá**. Estaba acompañado de Edvar e un tal **Lindomar Alves de Souza**, indio apuriná residente en **Lábrea**.

Según el testimonio de **Lindomar**, **Raimundo Podivem** lo había invitado para recolectar castaña y cazar. A la mañana siguiente, comenzaron a subir el río en una canoa con un pequeño motor en la popa. A cinco kilómetros de la aldea del cacique **Agustín**, pararon para esperar el anochecer. En ese momento **Raimundo Podivem** manifestó a **Lindomar** su verdadera intención: matar al cacique **Agustín** y a toda su familia. Y amenazó a **Lindomar**: si no le ayudaba en el empeño, también lo mataría.

Al amanecer ya estaban cerca de la casa de **Agustín**. **Valcivalda**, nuera de **Agustín**, contó que aún estaba echada en la hamaca cuando oyó tres disparos de escopeta. Luego llegó **Raimundo Podivem** y le apuntó con la escopeta.

En ese instante se despertó **Arnaldo**, hijo de **Agustín**, de 17 años. Saltó de la hamaca pero recibió dos tiros, el primero en la pierna y el segundo en el pecho. Murió inmediatamente. **María**, esposa de **Agustín** y madre de **Arnaldo**, increpó a Raimundo Podivem:

“¿Por qué disparaste a mi hijo?”

Entonces ella recibió un tiro y cayó con su hijo **Rosivaldo**, de 6 años, también herido. **Raimundo Podivem** volvió a la canoa para recoger más munición y **Valcivalda** arrastró a María con la intención de protegerla, pero ya estaba muerta.

Lindomar se había quedado en la canoa. Al oír el primer disparo se asustó y corrió para la playa del río y se escondió en la selva. **Valcivalda**, aterrorizada, cogió a su hijo **Marcelo** de seis meses, al pequeño **Rosivaldo**, herido, y a **Antonio**, también de seis años, sobrino de **Agustín**, y corrió para esconderse entre los árboles. Desde allí escuchó dos tiros más.

Raimundo Podivem, de vuelta con la escopeta cargada de nuevo, disparó otra vez contra **María** y **Arnaldo**, caídos en el suelo y ya muertos.

Valcivalda se adentró en la selva con los tres pequeños y a las cuatro de la tarde consiguió encontrar a **Agustín** en el lugar donde recolectaba castaña y todos volvieron a casa, donde se encontraron con la terrible escena violenta y cruel.

Lloraron la tragedia y sepultaron a María y Arnaldo debajo de la casa, según la costumbre apuriná. Eran, más o menos, las diez de la mañana del 26 de abril de 1985. Luego fueron a comunicar al resto de los familiares lo sucedido en sus casas situadas río arriba.

Las noticias de las tragedias superan con éxito las dificultades impuestas por la selva amazónica y las grandes distancias.

La noticia llega a Lábrea

Al atardecer del 26 de abril la comunidad de las Misioneras Agustinas Recoletas del Colegio Santa Rita de Lábrea se preparaba para seguir su rutina habitual: cenar sobre las siete de la noche acudir a la misa en la Catedral.

Alguien llamó a la puerta y pidió hablar con **Cleusa**. Fuera había un grupo grande de apurinás de la reserva **Caitetú** y le transmitieron la noticia del asesinato de **María y Arnaldo**. Todos estaban muy tensos y tristes, hablaban mucho y lloraban, impactados por la violencia de los acontecimientos.

Cleusa llevó aparte a uno de los indios y conversó con él a solas. Estaba hundido y lloraba sin parar.

El resto de la comunidad de Misioneras Agustinas Recoletas relató que vieron a **Cleusa** asustada y nerviosa. Al salir en dirección a la Catedral para la celebración eucarística pasaron entre los indios y sintieron el clima tenso y de mucha aflicción. **Cleusa** fue con los indios a la casa de **Juan y Cecilia**, otro matrimonio apuriná que vivía en Lábrea.

Cleusa había llegado el domingo anterior, **21 de abril**, de una visita a las tierras **paumarís**. Tenía para el 23 un viaje programado al río Passiá, para ver a Agustín y su familia, pero el indio que le acompañaría tuvo fiebre alta y el viaje se canceló para un momento más propicio.

A la mañana siguiente, sábado 27, **Cleusa** comentó a la comunidad los acontecimientos de la víspera y comunicó su decisión de ir al **Passiá** a llevar consuelo. Las otras religiosas le expresaron la inoportunidad del viaje y los peligros que podría enfrentar.

Entre todas dialogaban:

— *¿No sería mejor esperar algunos días?*

— *Necesito ir. Tengo que ir porque pasó algo muy serio y parece que hubo bastantes muertes.*

La misionera agustina recoleta **María Gloria**, al salir hacia el **Colegio Marista**, vio a **Cleusa** preparando sus cosas y en la puerta del cuarto le preguntó:

— *“O sea, ¿vas?”*

— *“Voy”.*

Fátima, trabajadora del Colegio, barría la escalera cuando **Cleusa** estaba bajando:

— *“Hermana, ¿no cree que es muy arriesgado ir ahora?”*

— *“Lo sé, Fátima, pero tengo que ir. Me necesitan”.*

Y cruzó, por última vez, la puerta principal del **Colegio Santa Rita**.

Y no volvió del Passiá

En la acera le esperaba **Raimundo Paulo**, cuñado del cacique **Agustín. Sebastián Camurça**, les llevó en coche hasta el kilómetro 30 de la carretera Transamazónica, hasta una balsa que cruza el río Passiá. Desde allí, ya en una canoa con motor de popa prestada por su amigo **Nonato Franco**, subirían río arriba hasta la aldea **Japiim**.

Raimundo Paulo guiaba la canoa. El día oscurecía cuando llegaron a **Japiim**, pero la aldea estaba desierta. Vieron debajo de la casa las dos sepulturas nuevas. Siguieron viaje hasta la casa de otra familia y pasaron la noche la noche. Allí le dieron a **Cleusa** más detalles de los asesinatos de **María y Arnaldo**.

Al amanecer el domingo 28 de abril volvieron río abajo a **Japiim**, pero la aldea continuaba desierta. **Cleusa** escribió un recado y lo dejó colgado en la casa de **Agustín**. Pero entonces, cuando volvían al río, aparecieron **Agustín** y los suyos.

Estaban escondidos en la selva con miedo de nuevos ataques. **Cleusa** pudo por fin conversar con su amigo **Agustín**. Le recomendó permanecer en **Japiim** y mantener la calma. **Cleusa** se ofreció a tomar las medidas necesarias en **Lábrea** con las autoridades, la **Funai** y todos los que pudiesen ayudar a hacer justicia. Y propuso enviar a alguien el miércoles, 1 de mayo, que traería nuevas noticias.

Sobre las once y media de la mañana **Cleusa** e **Raimundo Paulo** reinician el viaje de vuelta a **Lábrea**. No sabían que el sábado por la tarde, cuando comenzaban a subir el río Passiá, **Raimundo Podivem** estaba en la balsa y los había visto subir hacia **Japiim**. Y comentó a alguien:

“Estos dos patos suben hoy, pero no vuelven”.

Raimundo Podivem pasó esa noche en la balsa y el domingo comenzó a subir él también el río. A mitad del camino entre **Japiim** y la balsa de la Transamazónica, las dos canoas se encontraron.

Raimundo Podivem era indio apuriná. Había trabajado como vigilante en un banco de Manaos y un año antes, **Cleusa** lo había encontrado muy enfermo en la aldea indígena **Arapacú** y lo atendió llevándolo a **Lábrea**. Decían que era una persona tranquila y que mantenía una buena relación con el cacique **Agustín**.

Sor **Cleusa** reconoció a **Raimundo Podivem** subiendo el río mientras ella bajaba, y le hizo un ademán para conversar. Pero **Raimundo Podivem** directamente cogió la escopeta y tiró en dirección a **Raimundo Paulo** y le dio en la región lumbar. **Cleusa** gritó a **Raimundo Paulo**:

— “Échate al agua, hijo mío, tu tienes hijos para cuidar.”

Se tiró al agua y logró esconderse entre unos árboles. Aunque **Podivem** volvió a dispararle, no acertó. Ya protegido y escondido escuchó que **Cleusa** y **Raimundo Podivem** conversaban, pero sin lograr entender lo que hablaban por la distancia y el agua. Al rato, el ruido de un motor de canoa desapareció entre las curvas del río.

Encuentran el cuerpo de Cleusa

Raimundo Paulo consiguió llegar a la orilla aun estando herido. La noche se le echó encima y durmió en la selva. A la mañana siguiente se puso a caminar hacia la balsa de la **Transamazónica** y consiguió llegar a **Lábrea** entre las cuatro y cinco de la tarde. Fue directo a refugiarse en el cuartel de la policía.

Sin embargo, y nadie sabe cómo resolver ese misterio, para cuando **Raimundo Paulo** llega a **Lábrea** ya había corrido la noticia de que **Cleusa** había sido asesinada. El agustino recoleto **Jesús Moraza** y la misionera agustina recoleta **Josefina Casagrande** fueron a la policía a hablar con **Raimundo Paulo** y lo encontraron herido, cansado y muerto de miedo.

Contó los detalles que conocía, pero la historia estaba incompleta debido a que no había escuchado bien la conversación entre **Cleusa** y su asesino, ni había llegado a ver con sus propios ojos nada por estar escondido. Fueron horas de desconcierto y aflicción. Nadie sabía qué habría pasado realmente con **Cleusa** ni hasta dónde alcanzaba la verdad entre tantos rumores.

En ausencia del obispo, el agustino recoleto **Florentino Zabalza**, es **Jesús Moraza** quien se responsabilizó de organizar la localización de la hermana desaparecida. En todos existía todavía la esperanza de encontrarla con vida, dado que lo único que **Raimundo Paulo** había visto era cómo **Raimundo Podivem** se la llevaba río arriba.

Las lluvias intensas complicaron todo, hasta que el 3 de mayo fue localizado el cuerpo. Fray Jesús Moraza cuenta ese triste momento:

“Llevamos la canoa hasta la orilla y los que me acompañaban la pusieron en fuera del agua. En ese momento me avisaron de unos buitres que volaban por las proximidades, salí de la canoa y penetré en la selva en dirección a las aves. Aproximadamente a 50 metros de la orilla descubrí el cuerpo, parcialmente sumergido, boca abajo, desnudo, visible parte de la cabeza sin cabello, la espalda y las piernas... Los compañeros, con miedo, me pedían volver a Lábrea a buscar más ayuda”.

Sin embargo, al ser una muerte violenta y criminal, era necesario dejar el cuerpo para permitir la investigación. Así que el 4 de mayo a las cinco de la mañana, comienza el viaje para traer el cuerpo ya con todo lo necesario; van fray Jesús Moraza, el equipo de investigación (el jefe del puesto local y tres policías militares), un médico (doctor Robinson Moss) para actuar como forense, el conductor de la canoa y un indio apuriná. Cuenta Moraza:

“Hacia las dos y media encontramos la canoa y seguidamente el cuerpo de Cleusa, cinco metros más allá de donde lo habíamos encontrado y ahora ya completamente sumergido en el agua”.

El médico forense sacó varias fotografías, identificó el cuerpo y lo colocó en un saco de plástico. En una hamaca fue llevado hasta la orilla del río Passiá. Después de envolverlo

en una lona, regresaron a la balsa de canoa y de allí al pueblo en vehículo. A las siete de la noche se entregó el cuerpo al hospital para los procedimientos legales.

El examen médico reveló la brutalidad del asesinato: muchas costillas rotas, el cráneo fracturado, el brazo derecho parcialmente separado del cuerpo, tal vez por un machete; la columna vertebral fracturada; trozos de plomo en el tórax y un tiro de escopeta en la parte baja de la espalda. La mano derecha no fue encontrada.

Tras el examen técnico y científico el cuerpo fue llevado ya en un féretro a la Catedral, para la celebración religiosa. Aquella misma noche, a las nueve, **Cleusa** fue sepultada en el cementerio de **Lábrea**.

Alguien escribió que los testigos de los últimos momentos de la vida de **Cleusa** fueron el cielo y la Naturaleza amazónica, la tierra y las aguas que ella amó, probando así que solamente Dios le bastó durante su vida y solamente Dios le fue necesario en la hora de la muerte.

Cleusa fue una religiosa de piedad ardiente. Nunca dejaba la oración comunitaria. En los tiempos libres era fácil verla en la capilla donde, en silencio, contemplaba a Jesús en la Eucaristía. Él le dio fuerzas para vivir su fe y de Él aprendió el amor y la entrega a los hermanos, a los que sufren, a los marginados. Por los indios dio el supremo testimonio de amor con la entrega de su propia vida.

Traducción del opúsculo publicado en portugués por las Misioneras Agustinas Recoletas con motivo de la apertura del proceso de canonización el 2 de mayo de 1991, en la catedral de Vitória, Espíritu Santo, Brasil.